

Yo les enviaré sabios

Fernando Torre, msp.

«Yo les enviaré profetas, sabios y escribas», nos dice Jesucristo (Mt 23,34). ¿Y para qué quiere enviarnos sabios?

Antes de responder, digamos que en la Biblia encontramos dos sentidos de la palabra “sabio”: el *sabio de este mundo* (cf. Mt 11,25), que podemos identificar con una persona intelectual, erudita, un científico o investigador; y el *sabio según Dios* (cf. 1Co 3,18); una persona que tiene experiencia de Dios, de sí misma y de la condición humana.

El sabio según Dios va adquiriendo sabiduría por el estudio y la escucha. Salomón es el prototipo del sabio (cf. Mt 12,42); en su oración pedía a Dios: «Concédeme un corazón que escuche» (1R 3,9). El sabio escucha su propia conciencia, a los demás, al mundo y, sobre todo, escucha a Dios.

El sabio va adquiriendo sabiduría, más que por los años vividos o por los acontecimientos en que ha participado, por la reflexión que hace. El sabio medita sobre lo vivido, lo escuchado, lo experimentado, y así obtiene aprendizajes.

Con su palabra oral o escrita, el sabio orienta, corrige, anima, confronta. Con sencillez y generosidad transmite sus enseñanzas. El sabio es una persona que sabe aconsejar, que tiene autoridad moral por su coherencia de vida.

Volvamos a la pregunta: ¿para qué quiere Jesús enviarnos sabios? Para que nos ayuden a discernir entre el bien y el mal; a vivir bien, conforme al proyecto de Dios; a encontrarle un sentido a la vida, en especial al sufrimiento; para que podamos disfrutar las relaciones, el trabajo, la vida... y seamos felices.

Qué bendición de Dios es habernos encontrado con personas sabias que nos han ayudado, llámese director espiritual, terapeuta, gurú o coach. Y qué gracia, el haber tenido la confianza de abrirles nuestro corazón y de acoger sus consejos, cuestionamientos o enseñanzas.